

y apego á él; un encariñamiento igual al que, en cierto encuentro, lejos de la patria, y en grato coloquio, declaráronse que les hacía echar de menos, doquier se hallaban, á Dupuytren su *Hôtel-Dieu*, y á Esquirol su *Charenton*; una especie de comunión de la suerte de aquel piadoso asilo con la mía, establecida y gradualmente fomentada y fortalecida por un largo eslabonamiento de goces morales, pruebas, deseos y esperanzas, sin hablar de las angustias de tres epidemias, que, no obstante, sirvieron para unirnos más y más con el fuerte, aunque invisible, lazo de los comunes peligros y temores. Uso, pues, el pronombre en su acepción afectiva, que no en la posesiva; en aquélla que, así en el lenguaje sencillo y familiar como en el atildado y cortesano, abre el pecho al placer purísimo de saludar diciendo: *mi querido amigo*; de llamar á los seres cuyo amor llena y alegra nuestro corazón, *mi vida, mi alma*; de implorar gracia al Padre de todas ellas con las sublimes palabras, *Dios mío!*: locución de inefable ternura, que al autor del más antiguo poema castellano lleva á identificarse y entrar á la parte, en cierta manera, con su héroe en la representación simbólica de la gloria patria, no nombrándole apenas sino con la encantadora frase, *mío Cid Rui Díaz*; modo de hablar con que cantamos los españoles un himno de triunfo cuando, con la efusión del orgullo nacional más legítimo, decimos en faz de todas las naciones del mundo, *¡nuestro Don Quijote! ¡nuestro Cervantes!*

Mi manicomio es el de *la Santa Cruz* de Barcelona, anejo al Hospital del mismo título, *vere urbis et orbis*, venerando monumento de la caridad de nuestros mayores, establecimiento lleno de vida y vigor, no embarazante su ancianidad de cerca de cinco siglos. El oficio de Médico Director de aquél estoy ejerciendo poco menos tiempo há que el promedio del emplazamiento que la Estadística hace al hombre para que satisfaga la deuda de su vida.

En dicho Manicomio, entre los infelices que alberga, solícito, como un padre entre sus hijos más amados por más desvalidos, pasé los años del vigor juvenil; en él conté los del juicio maduro y reposado; en él veo deslizarse los harto veloces de la razón fortalecida con la experiencia, pero ¡ay!, que también de las ilusiones muertas por los desengaños, y del cuerpo decadente al rudo batallar de los afanes y rigores. Para él fueron mis primeros alardes en la profesión médica; para él serán, Dios delante, mis últimos esfuerzos. Todo en él satisface mis anhelos; hasta la asiduidad del trabajo; hasta la desazón de los cuidados y contratiempos; hasta el silencio y la oscuridad del servicio, en el cual se ejecutan tal vez actos meritorios, pero son allí como obras de autores anónimos, no hay lengua que los refiera, y quedan ocultos en el ejercicio común de la caridad, é ignorados para siempre del mundo. Su galardón no lo menosprecio, mas no lo ambiciono; su aplauso me contentaría menos acaso que el respeto y afecto de *mis* pobres locos, con quienes tal lazo me une de entrañable cariño, y me hallo en comunicación tan sabrosa, que mi cargo de médico, moderador y consejero suyo, cargo del que es ajeno todo fausto, cargo humilde, olvidado en una sociedad que no parece dispuesta á hacer cuenta sino de pompas que desvanezcan y resplandores que deslumbren, no lo trocara yo por la condición más conspicua y brillante, y, si es lícito ponderar con el mayor extremo la preferencia, no dejara mi humilde despacho en el benéfico asilo por la alta silla presidencial de un Parlamento.

Tiempo no perdido el que allí he pasado, pues, en verdad, ¡qué gran libro el manicomio! ¡Ojalá lo entendiera yo como lo sé de coro! ¡Cuántas páginas no se leen en él, escritas con espanto muchas, con horror no pocas, con sangre algunas, con lágrimas todas! ¡Cuántas historias de lastimosas víctimas de los errores de la época, de nobles alientos ahogados en el infortu-

nio, iguales de todo en todo á la del loco manchego, trocada únicamente la forma accidental de la tema, en consonancia con la diferencia de los tiempos! Yo lo llamo el libro de *la mayor miseria humana*, porque, en el proceloso piélago de trabajos y adversidades en que frecuentemente zozobra el frágil leño de nuestra vida, no hay miseria, no, que pueda equipararse con la enajenación mental. Libro de verdades, pero verdades que aterran. Nadie lo abra, si no lleva armado el pecho con aquella triple coraza de bronce, con que el poeta de Venusa quiso representar la imperturbable serenidad de la mayor intrepidez y firmeza. A las enseñanzas de este libro ninguna otra llega; y todas dejan el ánimo atónito, el corazón dolorido y la conciencia temerosa. Pero también se aprende en él lo que á un tiempo conturba y tranquiliza: *cómo se viene la locura*. ¡Bendito Dios, que ha iluminado mi entendimiento y dirigido mi mano para hacer, en muchas de las más negras páginas de este libro, acotaciones con tinta de color templado y risueño!

Si, para autorizar la doctrina de este trabajo, fuese menester declarar el criterio con que he recibido las enseñanzas teóricas de los alienistas y las prácticas de mi Manicomio, sobre cuyo conjunto la he fundado, diera yo explicaciones tan categóricas, cuanto las exige el asunto, mayormente hoy día, que la resolución de muchas cuestiones, con extremo vidriosas, de Medicina psicológica se toma por primer término de arduos y trascendentales problemas filosóficos, jurídicos y sociales, no siempre con el tiento debido, ni menos con la medida y reserva que aconseja la incertidumbre, harto frecuente, de las nociones científicas y la difícil explicación de algunos hechos. Y porque en la batalla que está ardiendo de uno á otro confín del mundo, y embraveciéndose más y más de día en día, conmueve sus cimientos, importa, y es caso de honra para cada cual, el ir denodado á hacer armas al campo en que tremola el

estandarte de sus creencias y opiniones; y porque en conflicto tal la cobardía es un crimen, declararé lo que aquí sólo cabe en forma sumaria, y, aunque no nuevo, y sí de todos sabido, jamás ocioso ni impertinente por confirmado:

1.º Que para el concepto médico de la enajenación mental, en su sentido más extenso y comprensivo, lejos de repugnante, es necesaria la noción filosófica, demás de verdad dogmática, del alma racional.

2.º Que el enajenado, aun en medio de los mayores trastornos de la mente, raras veces pierde el uso de todas las facultades, ni enteramente el de la razón.

3.º Que asimismo pocas veces está en él anonadada de todo punto la libertad del albedrío, aunque sí muchas fuertemente supeditada ó cohibida.

4.º Que las alteraciones del organismo no explican, por ahora, de un modo completo é incontrovertible, las perturbaciones de la mente; y que, por consecuencia, es todavía incierto el origen ó móvil de la necesidad ó como fatalismo de las acciones desordenadas de los enajenados.

Estas cuatro proposiciones, susceptibles, como se supone, de un desenvolvimiento muy lato, son los puntos cardinales de mi profesión de fe médico-psicológica. En ella alienta el espiritualismo, al que se jactan algunos de haber dado ya, después que al vitalismo, la estocada de remate..... ¡Ah! que no se acaba con las cosas como con las palabras; y á los que de tal hazaña se glorifican, ahora, y en largo tiempo aún, y por siempre acaso, podrá decirseles, como Clitón á Dorante, tolérese, por lo expresivo, lo jocoso:

Les gens que vous tuez se portent assez bien.

Sin embargo, harto conozco que mi profesión no va con las corrientes á que quieren muchos lanzar la nave de la ciencia frenopática; pero de esto no puede infe-

rirse, con buen discurso, que no sea su derrotero el más recto y seguro para tomar puerto en el continente de la verdad. Con todo, como no hay que debatir aquí un punto tan sujeto á disputas, doy por terminada la declaración explícita de mis opiniones, y sigo diciendo que, con arreglo á ellas, expondré sin ambigüedad ni medias tintas los hechos, las teorías y mis juicios sobre la locura con relación á la de Don Quijote: proceder franco y leal, porque nada más repugnante que el disimulo y aquiescencia fingida con que se encubre tal vez la hipocresía; y porque, si he de sentir en el alma que el adversario no lea este libro, ácusaríame siempre de haberle traído cautelosamente á ocasión de que, después de leerle, se llamase á engaño. A cuánto me expone con ciertas gentes esta conducta, no lo ignoro; pero también sé que el soldado bizarro prefiere un enemigo noble á un parcial sospechoso. Si la popularidad de cierto género que á algunos ciega codiciara yo desde el fondo del retiro en que voluntariamente vivo encerrado, harto comprendo lo que me tendría cuenta hacer, que sería virar á tiempo para tomar el viento que hoy trae aquella aceptación y aplauso; y de seguro ninguno de los amigos que me conocen bien creerá que soy tan encogido ó para poco, que, de quererlo, no me decidiera y acertara tal cual á correr el nuevo rumbo, ó séase á escribir

por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron;

dándome á entender que el celebérrimo poeta que esto dijo en su *Arte nuevo de hacer comedias*, no tomaría á mal ahora el verlo aplicado á la comedia humana.

A fin de dar más carácter nacional á mi trabajo serán, como he ofrecido, historias compendiadas de orates asistidos por mí mismo, en el ejercicio privado ó en el público del Manicomio, las que pondré para ilustrar los

asuntos; con exclusión de todas las de autores extranjeros, no ciertamente por tenerlas en poco, antes por llevar hasta el cabo aquel propósito, y por la negra honrilla de emanciparme de la tutela en que parecemos habernos constituido los médicos españoles no nombrando sino á profesores de allende los Pirineos y el Atlántico, no aprendiendo sino en sus obras, ni apelando sino á su testimonio, como si no pudiera decirse con gran verdad, remedando al adagio, que en cada casa sus enfermos y en cada tierra su medicina; principio clínico, sólido y de utilidad inmensa, en que debiéramos recalcarnos con marcado saboreamiento; y como si, conociéndonos incapaces para todo acto varonil en el comercio científico, no viéramos arbitrio mejor que arrimarnos á la sombra del magisterio de aquellos señores, discurrir con su cabeza y hablar por su boca: hoy justamente que tan mal hallados estamos con toda autoridad, y á todos los criterios sobreponemos, con ínfulas de omniscio, el nuestro propio. Por otra parte, entre las causas morales de la locura cuéntase el carácter nacional, que, además de provocarla, poderosamente la modifica, hasta el punto de que tanto suelen distinguirse los orates ingleses y flamencos, por ejemplo, de los italianos y españoles, como los mismos naturales, en plena cordura, se diferencian entre sí por los rasgos fisonómicos, el color de la tez, ciertas aptitudes, excelencias, gustos, pasiones y vicios: y, siendo esto así, para que corran siempre las comparaciones, parece, no sólo conveniente sino indispensable, que cuantas se hicieren sobre el delirio de Don Quijote, maravilloso conjunto y bello emblema de las cualidades genéricas de la nacionalidad española, se saquen de locos que, por tener la misma condición de origen, aviven la semejanza ó paridad de los respectivos accidentes patológicos.

Venga, repito, conmigo quienquiera; que, si no me equivoco, después de nuestra jornada conocerá mejor á Don Quijote y admirará más á Cervantes, habiendo

visto con sus ojos cómo conciertan los fenómenos de la locura del Hidalgo con la doctrina médico-psicológica, á pesar de que estaba todavía por nacer en la época que él anduvo en sus andanzas: por donde incidentalmente se comprueba que la verdad es de todos los tiempos, y ¡prodigio del entendimiento humano! vez hay que un genio la ve mucho antes que la ciencia la columbre.

CAPÍTULO PRIMERO.

CUATRO PALABRAS ACERCA DEL FOLLETO DE HERNÁNDEZ MOREJÓN.

Es de justicia empezar el análisis de este folleto copiando las palabras con que lo encabeza su autor, pues declaran el generoso pensamiento que le movió á escribirlo.

« Si los talentos sublimes de Cervantes, si su imaginación fecunda, si la riqueza y gracias de su estilo, si el objeto que se propuso, en fin, de desterrar la fría y perjudicial lectura de los libros de caballerías, que consiguió con su obra inmortal del *Quijote*, no hubieran difundido su nombre por todo el mundo; aun merecería ser aplaudido en la república literaria de los Médicos por su mérito singular en la parte descriptiva de esa especie de locura que hoy llaman *monomanía*. »

Esta parte descriptiva es la que examina Hernández Morejón en seis aspectos distintos, de los cuales trata en otros tantos párrafos intitulados respectivamente así:—*predisposiciones y causas*;—*sintomatología*;—*tiempos y períodos de la enfermedad*;—*transformación de la locura*;—*vaticinio*;—*plan curativo, ó tratamiento moral*.

Entre las *causas* sólo tres, en rigor, parecen admisibles, por su notoria acción en el desenvolvimiento de la locura en general, aunque no particularmente en el de la especie que padeció Don Quijote; á saber, la edad viril; la mudanza de vida, de activa en ociosa; y la mucha vigilia: causas, no obstante, más bien predisponentes que ocasionales. Dos cita, que, á todo tirar, no

pasan de posibles: las estaciones de verano y otoño, á que refiere las mayores locuras del Andante, y el exceso de lectura; otras tres, que son totalmente inciertas: el temperamento bilioso y melancólico, la agudeza y cultura del entendimiento, y los alimentos cálidos, viscosos y de mal nutrimento; y una sexta, que es el ejercicio violento, del cual puede decirse que más eficacia tiene para resolver ó moderar que no para producir enfermedades mentales. En lo del orgullo de familia y nobleza se sale, á ojos vistas, de lo histórico, pues por ningún texto consta que Don Quijote descendiese, por línea recta de varón, de Gutierre Quijada, vencedor de los hijos del Conde de San Polo; y sí únicamente que una vez dijo, aunque sin jactancia, ser *hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad, y de deven-gar quinientos sueldos* *. Mas en lo que parte de ligero es, no en poner entre las causas de la locura las pasiones amorosas, sino en dar por muy enamorado al Hidalgo, quien, á la verdad, lo anduvo, pero mucho antes de perder el juicio; y de caballero, ó rematado ya, lo fué platónico y continente, y tan sólo porque los tales debían serlo de por fuerza; en términos que con más de un pasaje de la historia puede sustentarse que la existencia ó realidad corpórea que él daba á la señora de sus pensamientos, era pura fantasía de una concepción delirante: realidad subjetiva, la única que cabe en este fenómeno patológico; existencia que no lo es sino en la mente del orate; el cual, sin embargo, tiene certidumbre tan firme, por lo menos, de ella como de la misma realidad sensible. Sea lo que fuere, no puede dudarse de que el Hidalgo no enloqueció de enamorado, sino que, por loco, cayó en la cuenta de que había de enamorarse.

* Sigo siempre el texto de *mi ejemplar* de la edición del DON QUIJOTE, corregida con especial estudio de la primera, por D. J. E. Hartzenbusch, hecha en Argamasilla de Alba, imprenta de D. Manuel Rivadeneyra (casa que fué prisión de Cervantes), año 1863.

En la *sintomatología* procede el autor sintética, y no analíticamente, diagnosticando la locura de Don Quijote sin referir por menor sus fenómenos. Sobre este particular nada puede oponerle el alienista, porque fija bien el carácter del mal; aunque es de lamentar que omitiese ciertos hechos de gran valor clínico, que, sin embargo, apunta con alguna vaguedad diciendo que «los objetos externos que se ponían en contacto con los sentidos del enfermo, lejos de producir sensaciones é imágenes regulares, ocasionaban desvaríos en su juicio, y se pintaban y reproducían en su imaginación conforme á la disposición interna de su cerebro y fantasía.»

No puedo convenir en la división que hace de los *tiempos ó períodos* de la locura del Caballero, por cuanto los que señala no son tales en realidad, sino tres accesos, y aun mejor, sólo dos, bien distintos y determinados, que corresponden respectiva y exactamente á las dos *Partes* de la historia, con el período de invasión é incremento en el primero, y de declinación y resolución en el segundo. Entre ambos accesos media otro período de remisión, correspondiente al tiempo que el Hidalgo estuvo en su casa, desde que á ella lo llevaron en el carro de bueyes, hasta que hizo su tercera salida: pero, entiéndase bien, remisión engañosa, locura amortecida, á modo de brasa mal cubierta con rescoldo, que apenas se le quita y aparta éste, cuando vuelve á arder con vigor bastante para causar un incendio. Así como en esta novela no hay propiamente enredo, trabazón ó dependencia de los lances entre sí, antes toda ella es una narración tirada, de cuyos capítulos podrían omitirse algunos sin que su falta obstase á la inteligencia de los restantes, ni disminuyese su interés; á este tenor, la locura de Don Quijote entra á un tiempo y de lleno en acción, y en el *período de estado*, que así se dice técnicamente; en el cual se mantiene inalterable hasta la viva crisis que promueve la decli-

nación; porque no cabe duda en que cuando el Hidalgo sale por la puerta falsa del corral de su casa, y anda imaginando el bello encabezamiento que á la historia de sus famosos hechos pondrá el sabio que la escribiere, no está más ni menos loco perdido que mientras va paseando de rua por Barcelona, admirado de que todos los transeuntes le conozcan y nombren, é ignorante de que en el balandrán le hayan puesto un pergamino que con letras grandes declara su nombre y patria. *Grande es la prerogativa*, dice, *que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra: si no, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen*: razonamiento que tanto vale para el diagnóstico de su locura, como el que, no bien dejadas las ociosas plumas, dijo entre sí, caminando alegre y ufano sobre Rocinante por el campo de Montiel: *¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquél, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro!* Hay, además, en este párrafo de Morejón, ora alguna inexactitud, ora alguna confusión, no tanto en el aducir los datos, cuanto en el interpretarlos según la doctrina médico-psicológica, especialmente con respecto á la penitencia de Sierra Morena, que tengo para mí fué un epifenómeno, ó llámese, si se quiere, rara extravagancia, de carácter distinto del que le atribuye el autor del folleto.

La que en éste se dice *transformacion* de la locura, no lo fué, sino terminación ó curación por una enfermedad común é incidental. Lástima que la manifiesta, la indudable transformación no se echara de ver poco ni mucho, ya que es, por cierto, uno de los sucesos que más interés inspiran, y en el cual y en su narración más alta muestra de su talento da Cervantes, pues no parece sino que lleva la pluma á un alienista práctico

de nuestros días: tanta verdad científica pone en su relato, y con tal maestría prepara, desarrolla y concluye el asombroso hecho.

Tampoco es *vaticinio* de la locura el que así se llama en el folleto, sino pronóstico de la indicada enfermedad incidental que acabó con el Hidalgo.

Tocante al *plan curativo ó tratamiento moral*, está muy acertado, salvo alguna inexactitud ó error de concepto. La quema de los libros y los ardides, primero, de sacar al Andante de Sierra Morena y traerle á su casa, y después, de reducirle á volver al sosiego de ella, por condición del vencimiento en singular batalla, una vez con el Caballero de los Espejos, y otra con el de la Blanca Luna, cumplían, en efecto, las indicaciones terapéuticas, causal y sintomática; y bien puede decir el autor, sin llevar hasta el cabo su afición á Cervantes, que éste precedió á Pinel en el tratamiento moral de la locura, pues, por lo menos, lo explicó de un modo implícito, ó mejor, lo puso en práctica con tal carácter de generalidad, que sus pormenores, con sólo referirlos en lenguaje técnico, quedarían convertidos en preceptos didácticos, aplicables á algunos casos de la misma especie de locura. Pero «una cosa falta, en mi concepto, en la obra de Cervantes para el complemento de la historia; á saber, la abertura del cadáver de »Don Quijote,» dice el autor; y en esto sí que huele á médico—no se eche á mala parte la frase,—por más que á renglón seguido parezca excusar la falta con tres conjeturas, dos de las cuales le acreditan de experto y práctico..... ¡Una autopsia!..... ¡Oh! entre algunas narraciones realistas de esta fábula, dos hay, que lo son mucho, y de ellas se han de apartar las narices; mas de la autopsia habría que apartar las narices, los ojos, la consideración y el sentido estético.

Lejos de mí el poner en tela de juicio el mérito que, escribiendo este folleto, contrajo nuestro erudito y laborioso Hernández Morejón, ni el rebajar la gloria que

le cabe en haber llamado, antes que ningún otro autor, que yo sepa, la atención de los médicos y literatos hacia ciertas bellezas del *Don Quijote*, que indudablemente, si algunos las conocieron, nunca las echaron de ver los más, ó de ellas no hicieron cuenta. Si tan loable trabajo tiene algún flanco por donde pueda ser atacado con reparos, más bien que impugnaciones, entiendo que esto dimana del relativo atraso en que, cuando salió á luz, estaban los estudios médico-psicológicos; de que no en éstos era aventajado el autor, al menos según pública voz y fama, sino en los histórico-bibliográficos de la Medicina, mayormente de la española; y, por último, de que á la descripción didáctica de la locura, en la forma específica que la padeció Don Quijote, y tal como la daban los tratados nosográficos de entonces, quiso ajustar con toda exactitud los datos que halló en la novela, midiéndolos con su deseo; sin advertir cuán violentamente había de traer algunos á su propósito, é incurriendo en la exageración de ciertos comentadores, que, ciegos de amor al famoso libro, é irreflexivos por tan enamorados, han querido expedir á Cervantes el diploma de profesor de todas las ciencias humanas y divinas, y aun con nota de sobresaliente. Ni más ni menos hizo Hernández Morejón poniendo, entre los médicos españoles cuyas obras analiza, á *Miguel de Cervantes Saavedra*.

No lo era.... ¡qué había de ser! el ingenio complutense; pero, por lo mismo, suspenden más los primores de su invención en el concepto médico-psicológico.

CAPÍTULO II.

DESENVOLVIMIENTO DE LA LOCURA DE ALONSO QUIJANO.

A influjo de una causa general, de que trataré por menor más adelante, otras meramente individuales, del orden físico y del moral, prepararon y desenvolvieron la locura del hidalgo Alonso Quijano.

Era éste hombre alto de cuerpo; de complexión recia; enjuto de rostro; la nariz aguileña y algo corva; las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra; cuello largo; más que medianamente moreno; entrecano; de bigotes negros, grandes y caídos; estirado y avellanado de miembros; gran madrugador y amigo de la caza: de edad que frisaba con los cincuenta años; tenía muy claro y cultivado entendimiento; y, por la blandura y apacibilidad de su genio y otras excelentes prendas, apellidábanle sus convecinos Alonso Quijano *el Bueno*. Conjunto de cualidades del cuerpo y del alma bastante á infundir respeto y simpatía; ejemplar acaso de la constitución especial, con predominio de los sistemas bilioso y nervioso que tienen muchos varones insignes por la superioridad de su ingenio, ó ilustres por la grandeza de sus hechos; pero insuficiente para declarado por manifestación de aptitud ó predisposición á dolencias mentales. No era el Hidalgo como algunos infelices que parecen haber nacido para locos, y lo son irremisiblemente al dar la hora señalada en el reloj de su vida por la manecilla fatídica que se diría fijaron allí ocultos resortes del organismo, movidos por una fuerza ignota del sistema psíquico *. Menos toda-

* *Psíquico*, sinónimo de mental; *psiquiatría*, doctrina de la enajenación mental; *psiquiátrico*, perteneciente ó relativo á la *psiquiatría*.

vía como aquéllos, de quienes, no bien pierden el juicio, cuando se empieza á dudar de que jamás lo hayan tenido enteramente lúcido y firme.

La generación de la locura de Quijano fué tan natural, en su tiempo, como lo es, en el nuestro, la de muchas que germinan en la fermentación de malas pasiones engendradas por el descreimiento, los sofismas filosóficos, las utopías políticas y sociales, la ignorancia presuntuosa y atrevida, el desprecio de los deberes, el desasosiego de los ánimos, la incertidumbre de lo presente, el temor de lo venidero y el hambre impía de oro, móvil oculto del individualismo letal que en la sociedad domina, y de muchos trastornos que, preparados por aquellos delirios y flaquezas, la conmueven y desquician.

Yéndose el Hidalgo con la corriente de que se dejaban llevar sus contemporáneos, *los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda:* placer moral intachable, pero que, pasando los límites de la prudencia, convirtiéndose en pasión, y llegó á sojuzgar el ánimo del sujeto, quitarle el gusto á lo que antes más le deleitaba, y distraerle de precisas, únicas, y por cierto no pesadas obligaciones. Así comienzan á venirse algunos desórdenes mentales. A la afición desmedida de una lectura, malsana para mayor desgracia, dió pie la ociosidad, madre harto fecunda de males del cuerpo, y quizá más del espíritu; que raras veces deja de expiar el hombre con quebrantos y dolores la infracción de la santa ley del trabajo. ¡Qué de infelices no he visto yo, cuyos padecimientos traían su primer origen de no haberla guardado!

Sobre la ociosidad á que estaba habituado Quijano, no tanto acaso por su índole cuanto por su aislamiento y preocupaciones de hidalgo lugareño, vino la vida sedentaria, en que mudó la activa y fatigosa de cazador:

tránsito violento y súbito, que á un hombre ya provecto, como él, á quien, además, enfrascado en la lectura, *se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio*, perturbando la circulación abdominal, y consecutiva ó igualmente la encefálica; produciendo un eretismo del sistema nervioso, así cerebro-raquídeo como simpático; y, por lo mismo, desarmonizando sus funciones, no podía dejar de predisponerle, cuando menos, á toda neuropatía. Aun sin el ejercicio psíquico de la lectura continua, una mudanza semejante de modo de vivir, traída por el encumbramiento imprevisto y repentino de una condición humilde y trabajosa á otra distinguida, y regalada, ocasiona tal vez inmediatamente un trastorno profundo de la inervación general, y mediatamente una locura, por lo común de forma grave.

Si bien se examina, en la insaciable afición de Quijano á la tal lectura se ve ya un signo de desvarío; y sus efectos próximos, en orden al organismo, obraron, conforme acontece frecuentemente, como causas secundarias ó coadyuvantes de la perturbación mental que comenzaba á desenvolverse, y cuyos primeros síntomas, en realidad más característicos que aquel gusto, fueron el sobredicho olvido de la administración de la hacienda y el menoscabo ó desperdicio de ella, por los gastos que al Hidalgo el satisfacer su pasión demandaba; pues *llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías en que leer, y así, llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos*; bien como más adelante, para su segunda salida, *dió orden en buscar dineros; y vendiendo una cosa, y empeñando otra, y malbaratándolas todas, allegó una razonable cantidad*. Éste es un fenómeno bastante común de la locura, no sólo en el período de estado, sino quizá más en los de invasión y prodrómico: y en verdad mueven doblemente á lástima varios individuos que entran en las

casas de orates como empujados por dos grandes desgracias: la pérdida de su juicio y la de su caudal, malgastado y tal vez consumido, ya en especulaciones desatinadas ó imaginarias, ya en compras de objetos superfluos ó inútiles, hechas á impulso de ideas delirantes, dado que, como sucede también á menudo, la manirrotura no sea la cualidad predominante de su carácter patológico. Tan lejos fué en este particular Quijano, que, algún tiempo después, invitando incidentalmente á Cardenio á que se viniese con él á su aldea, le dijo: *allí le podré dar más de cien libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida*; número asaz alto para una época en que los tórculos sudaban poco, porque no trabajaban mucho.

Hacian daño al Hidalgo aquellas historias fabulosas, con su invención descabellada todas, y también con su lenguaje inextricable y estilo ampuloso algunas, pues basta decir que le parecían de perlas revesados conceptos como los de Feliciano de Silva, que, obrando en el entendimiento al modo que en el estómago los manjares indigestos, perturbáronle y confundiéronle en iguales términos que á más de un iluso, por mí asistido, á quien la *razón de la sinrazón* que á *su razón hicieron* ciertas filosofías, de tal modo *su razón había enflaquecido, que con razón podía quejarse de la ferrosura* de semejantes vanidades; porque el mísero, ni más ni menos que Quijano, con estos retruécanos perdía el juicio, y desvelábase por entenderlos y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara ni los entendiera el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello.

Y ya embebido en aquella literatura, y asintiendo ciegamente á sus patrañas y necedades, rebosaba en Quijano el deleite que le producían, y que le llevaba á traerlas á las conversaciones, como cada loco su tema; porque á contender por ella son inclinados con extremo los orates lúcidos, mayormente si tienen regular ingenio; y á dos por tres mueven polémica, la sostie-

nen y prolongan, importunando á los circunstantes, y porfiando hasta el fin, aunque para ellos no suele tenerle la altercación, de la que, además, en ningún caso salen vencidos ni fatigados. El Hidalgo *tuvo muchas veces competencia con el Cura de su lugar* — el licenciado Pero Pérez — *sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra ó Amadís de Gaula*; contienda en que intervenía Maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, diciendo que ninguno llegaba al Caballero del Febo, y que si alguno se le podía comparar, era don Galaor, hermano del Amadís.

Hallábase Quijano en esta disposición, que bien se parece al ofuscamiento y descarrío mentales, vagos ó vacilantes, constitutivos del estado anómalo, indeciso, inexplicable, que la naturaleza, enemiga de que sus cosas den saltos, ha interpuesto entre la cordura, de que dicho estado se aparta ya, y la locura, á que no alcanza todavía; cuando llegó para nuestro pobre Hidalgo el momento crítico en que *del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera, que vino á perder el juicio*. Así se acabó su patogenia, en opinión de Cervantes; la cual arrancará hoy, sin duda, una carcajada homérica á muchos graves alienistas, para quienes, si no es la hiperemia, la anemia ó la isquemia cerebral, nada explica la evolución íntima que enajena una cabeza dueña de sí misma á la enfermedad; mas yo no quiero meterme en dibujos, ni es ocasión ésta de andar en dimes y diretes, pues para el caso tanto monta que el cerebro de Quijano se secase como que se macerara de sangre.

La verdad es que *se le llenó la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamientos como de pependencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles*. Este fenómeno de la sensibilidad imaginativa, por la conexión é influencia recíproca de todas las facultades mentales, dió origen á otro de actividad intelectual, según les

sucede frecuentemente á personas en quienes la repetición continua de ciertas sensaciones morales ó físicas atrae con viveza á ellas el entendimiento hasta ponerlo debajo de su dominio tiránico. Por este camino llegan á las casas de orates muchos con delirios diferentes cuanto á sus conceptos, aunque idénticos cuanto al modo de su producción: ascéticos, místicos, políticos, socialistas, reformadores y otros, sobre los cuales se reflejan el fervor, la conturbación de los ánimos, los apetitos desordenados, las pasiones, desatinos, controversias y combates del borrascoso tiempo presente. El tránsito de la cuasi pasividad sensoria á la actividad de la inteligencia, en el estadio patológico, explícalo clara y precisamente Cervantes diciendo que al Hidalgo *se le asentó de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo.*

Pervertido en esta forma su entendimiento, *rematado su juicio*, delirante en fin, se sistematizó el delirio, como se dice en Medicina psicológica, viniendo Quijano á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, *y fué, que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama.*

Lo que hizo luego fué seguir el procedimiento más adecuado para poner por obra su resolución vesánica.

Otros, que yo recuerdo de mi práctica, extraviados por temas distintas, tomaron también los medios más conducentes para el logro de sus propósitos.—Éste trocó un rico traje por los harapos del primer pordiosero

que encontró por el camino, para ir, vestido con ellos, á hacer vida de padre del yermo;—aquél cogió y guardó algunos días un gran crucifijo para presentarse de improviso, como se presentó, en un lugar de diversión honesta, levantarlo solemnemente en alto, y con ademanes provocativos y voz estentórea conminar al concurso, que por cierto era aquella noche muy numeroso y lucido, con el castigo del cielo, si no entraba pronto, huyendo de los goces mundanos, por las sendas del recogimiento, contemplación y penitencia;—esotro, perseverante y pacienczudo, anduvo largo tiempo revolviendo librerías y bibliotecas; y, entresacando textos de sus volúmenes, llenó de ellos algunos cuadernillos para probar con el testimonio de los autores científicos cuyos libros había desempolvado, que era víctima de una persecución sañuda, y se le estaba enfermando con manejos magnéticos, espiritistas y hechicerescos.

Quijano limpió, aderezó y recompuso unas armas que habian sido de sus bisabuelos; á su rocín, porque no era regular que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, dió el significativo de ROCINANTE; púsose á sí mismo el de Don Quijote, y, acordándose que Amadís, á quien, entre todos los andantes, imitó particularmente, añadió al suyo el de su reino y patria por hacerla famosa, quiso llamarse DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y, en fin, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, *porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma*. Hallóla pronto entre reminiscencias de afectos pretéritos. A una labradora, natural del Toboso, llamada Aldonza Lorenzo, hija de Lorenzo Corchuelo y de Aldonza Nogales, moza de muy buen ó de nada buen parecer, que en este particular no está clara la historia, y de quien él anduvo enamorado, aunque la joven jamás lo supo ni se dió cata de ello, le pareció ser bien darle título de señora de sus pensa-

mientos; y, buscándole nombre que no desdijese del suyo, y tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO.

Pocos días después, pasados ya los primeros sucesos de su vida andantesca, determinando acomodarse de un escudero, solicitó á un labrador, vecino suyo, hombre de bien, pobre, pero de poca sal en la mollera, que tenía mujer, un hijo y una hija; y tanto le dijo, persuadió y prometió, que el villano se avino á salirse con él y servirle en el nuevo oficio, llevando consigo un asno en que cabalgar, aunque no sin cierta repugnancia del Hidalgo, que sólo pudo vencerla con el presupuesto de proveerle de más honrada caballería cuando la ocasión se la deparase. Sancho Panza se llamaba el labrador, pero al Caballero no se le ocurrió mudarle el nombre — ¿estuvo en ello intencionado Cervantes? bien pudo ser — en otro expresivo, altisonante, músico y gracioso, como se lo había mudado á sí mismo, y como los que había puesto al rocín y á la moza toboseña.

De esta manera, paso entre paso, por la acción, ya sucesiva, ya simultánea, de las repetidas causas predisponentes y ocasionales, el discreto Hidalgo quedó loco rematado por caballero andante, ni más ni menos que otros, hidalgos y plebeyos, ahora, como entonces, dan en qué entender á sus familias, al público y á las autoridades, y tarde ó temprano vienen á los manicomios, por sabios, millonarios, estadistas, generales, reyes, papas, y aun por personas divinas.

Monomanía era la especie de su locura. Cervantes no le dió nombre, porque poco ó nada le hacía al caso, escribiendo una novela y no una historia clínica; cuanto más que tampoco pudo llamarla así, pues esta denominación no fué conocida hasta los tiempos de Esquirol, que la inventó é introdujo en la nomenclatura médico-psicológica en una memoria, *De la Locura*, en general, que data de 1816, cuando llevaba ya doscientos once

años de impresa la Primera parte del *Ingenioso Hidalgo*. A otra memoria, *De la Lipemania ó Melancolía*, fechada en 1820, puso por introducción algunos por menores interesantes sobre la monomanía, los cuales determinaron ya fijamente el carácter de esta enfermedad mental, distinguiéndola y eliminándola de aquélla, con la que había estado confundida hasta entonces, según lo explica el autor con su habitual claridad y concisión. « Los autores, desde Hipócrates, dan el nombre » de melancolía al delirio caracterizado por ensimismamiento (*morosité*), temor y tristeza duraderos. Llamamos así á esta especie de locura, porque, según Galeano, las afecciones morales tristes derivan de una » corrupción de la bilis, que, volviéndose negra, ofusca » los espíritus animales y causa delirio. Ampliando algunos modernos el significado del vocablo melancolía, » apellidan melancólico todo delirio *parcial*, crónico y » sin calentura. La verdad es que la voz melancolía, aun » en la acepción antigua, da frecuentemente una idea » falsa, pues no siempre esta dolencia trae su origen de » la bilis; y que tampoco semejante denominación viene bien á la melancolía, tal como la definen los modernos. Esta doble consideración me ha inducido á » proponer la palabra *monomanía*, compuesta de $\mu\omicron\nu\omicron\varsigma$, » único, y $\mu\alpha\nu\iota\alpha$, manía, que expresa el carácter esencial de esta especie de locura, cuyo delirio es parcial, » constante, alegre ó triste » *. En una tercera memoria, *De la Monomanía*, inserta en el volumen segundo de las que dió á la estampa en 1838, describió esta vesanía por extenso, con aquella lucidez de juicio, sentido práctico, propiedad de lenguaje y estilo perspicuo

* *Des maladies mentales considérées sous les rapports médical, hygiénique et medico-légal, par E. ESQUIROL, Médecin en chef de la Maison Royale des aliénés de Charenton, ancien Inspecteur-général de l'Université, membre de l'Académie Royale de Médecine, etc.; accompagnées de 27 planches gravées; Paris, 1838. Dos volúmenes en 4.º*

que avaloran sus obras, fruto de cuarenta años de estudios y observaciones, y que le han colocado en muy alto lugar entre los primeros alienistas del mundo; La ciencia admitió luego la doctrina de la monomanía como á interpretación fiel de un hecho indudable de Patología psíquica, y consagró el nombre de esta dolencia; el cual, por expresar una idea cierta que no tenía representación propia en el lenguaje común, fué admitido sin tardanza, así en el literario, como en el vulgar de todas las naciones cultas.

CAPÍTULO III.

ANTECEDENTES NECESARIOS.

APUNTES DE MEDICINA PSICOLÓGICA.

A pesar de los adelantamientos realizados en estos últimos tiempos en la anatomía, fisiología y patología del sistema nervioso, no se ha podido establecer sobre ellos principios fijos con respecto á la relación de causalidad que las alteraciones del organismo tengan con la enajenación mental. Así que, ni por las anomalías de desarrollo y configuración del cráneo y columna raquídea, ni por sus causantes ó resultantes las del encéfalo y médula espinal, contenidos en el primero y en la segunda respectivamente; ni por otras lesiones, independientes de aquellos defectos, bien averiguadas y harto constantes de estas vísceras; está todavía la Medicina psicológica en aptitud de explicar la generación de las especies frenopáticas * monstruosas congénitas, de las análogas á éstas y contraídas en la primera infancia, ni de las que en otras edades producen una perturbación profunda y sumamente grave del sistema locomotor: todas las cuales son, sin duda alguna, las formas mejor determinadas, más inequívocas, y, valga el decir, más orgánicas. De donde se infiere cuán vaga ha de ser, en este particular, la noción nosológica de las restantes, en las que falta, ó, si existe, es accidental ó pasajera y mudable la correspondencia entre las alteraciones del organismo y los trastornos del intelecto; por más que verdaderamente apenas los haya que, en la

* *Frenopatía*, sinónimo de enajenación ó enfermedad mental; *frenopático*, perteneciente ó relativo á la frenopatía; *frenópata*, sinónimo de alienista; *frenoterapia*, terapéutica mental; *frenocomio*, manicomio, casa de orates.

plenitud de su cronicidad, á la larga, no den síntomas nada dudosos de lesión profunda é incurable del centro cerebral ó espinal.

De aquí la imposibilidad de asentar sobre la anatomía patológica la nosografía de la enajenación mental, y, por tanto, la necesidad de fundarla en la fisiología, ó sea en el dinamismo de la mente *, apartando la consideración de que para los pontífices de la doctrina médica reinante el vocablo dinamismo huele á heterodoxo.

Lo cierto es que no de otro principio nació la clasificación de Esquirol, que, subsistente aún en lo esencial, está admitida en todas las escuelas y adoptada en todos los manicomios.

* Merece ser citado lo que, con respecto á este particular, dice J. Guislain, catedrático de la Universidad de Gante, en el estilo aforístico que le distingue. Buscando una raíz para reformar el vocabulario frenopático, manifiesta que no pueda darla la voz *Kephale*, porque «no son enfermedades del encéfalo, de la cabeza, las que hay que denominar, sino afectos funcionales del dominio de las ideas, de los sentimientos, de las pasiones.» Más adelante desenvuelve con alguna latitud y mucha precisión el pensamiento capital del transcrito párrafo: «Alienación mental no significa enfermedad del cerebro, enfermedad del encéfalo. Las enfermedades cerebrales pueden manifestarse sin alienación mental, y ésta existir sin enfermedad cerebral. La alienación mental no es por naturaleza una enfermedad del cerebro.... La alienación mental es, por lo común, un afecto funcional; mas éste puede pasar á enfermedad cerebral. Las enfermedades cerebrales son las que arguyen lesiones anatómicas. En todo caso, la enfermedad mental puede acompañar á un afecto cerebral.» (*Leçons orales sur les Phrénopathies, ou traité théorique et pratique des maladies mentales: cours donné à la clinique des établissements d'aliénés à Gand*; Gante, 1852, tomo I, págs. 85, 351 y 352).—Oigamos á W. Griesinger, catedrático de Patología interna, de Clínica médica y de Clínica psiquiátrica en la Universidad de Zurich: «Al presente es imposible hacer una clasificación de las enfermedades mentales basada en su naturaleza, ó sea en las alteraciones anatómicas del cerebro que las originan; y, como la clase entera de aquéllas estriba solamente en la sintomatología, no podemos dar por géneros diferentes de dicha clase sino agregados diferentes de síntomas, formas diferentes de la locura. En vez de un principio de clasificación anatómica hemos de tomar por base las funciones, la

• Conformándome, pues, con ella, y procediendo al tenor de los naturalistas en sus descripciones sistemáticas, haré la siguiente:

La clase *Enajenación mental* comprende dos géneros: *Idiotez* y *Locura*.

El género *Idiotez* se subdivide en tres especies: *Cretinismo*, *Idiotez*, propiamente dicha, é *Imbecilidad*.

El género *Locura* se subdivide en cuatro especies: *Demencia*, *Manía*, *Lipemanía* ó *Melancolía* y *Monomanía*.

El *Cretinismo* consiste en una falta muy considerable de desenvolvimiento del intelecto, de la sensibilidad interna y externa y de los instintos; en un estado amorfo de la mente, según por modo metafórico muy expresivo se ha dicho; y en un defecto ó atraso sumo de desarrollo del cuerpo: los cuales constituyen una

» fisiología; y también la psicología, presupuesto que en la alienación
 » los trastornos del entendimiento y de los afectos son las lesiones
 » capitales y más notorias.» (*Traité des maladies mentales, pathologie et thérapeutique*, traducido de la segunda edición alemana por el Dr. Doumic; París, 1865, pág. 246.)—Lo mismo dice, con notable lucidez y la honrada franqueza de quien á toda consideración de escuela sabe anteponer el culto de la verdad, mi colega y particular amigo, el Dr. D. Juan Giné y Partagás, médico director del manicomio *Nuevo Belén*, catedrático de Clínica quirúrgica de la Universidad de Barcelona: «A pesar de las marcadas aficiones anatómicas
 » que hemos manifestado en el decurso de esta obra, renunciamos á
 » todo conato de clasificación basada en el sitio de las lesiones que
 » producen los trastornos funcionales, porque, hoy por hoy, esta idea
 » sería más especulativa que práctica, en razón á que no tenemos suficientes datos para establecer estas localizaciones, y, aun cuando
 » los tuviéramos, ni sabríamos ponderar con precisión el valor clínico
 » de estas lesiones, ni tendríamos á nuestra mano una terapéutica
 » pronta á obrar según el sentido de las indicaciones sugeridas por
 » el sitio y naturaleza del daño encefálico. Reduzcamos, pues, modestamente nuestras aspiraciones nosotáxicas al perimetro de la Fisiología, ya que lo único que conocemos positivamente de las enfermedades mentales es su sintomatología, ó sean los trastornos funcionales.» (*Tratado teórico-práctico de Freno-patología, ó estudio de las enfermedades mentales fundado en la clínica y en la fisiología de los centros nerviosos*; Barcelona, 1876, págs. 238 y 239.)

profunda degeneración de la especie humana, que reina endémicamente en las hondonadas sombrías y gargantas angostas de las mayores cordilleras, como los Alpes, los Pirineos, el Cáucaso, los Carpatos, los Andes y otras semejantes.

En la *Idiotex* hay también falta de dicho desenvolvimiento, y tal vez del indicado desarrollo, por ser escaso el del encéfalo; aunque menor la de entrambos, sobre todo la del segundo, que en la especie precedente.

La *Imbecilidad* es una debilidad de las facultades mentales, coincidente, ó no, con una imperfección de los órganos por medio de los cuales obran.

El cretinismo y la idiotex son siempre congénitos, á veces también la imbecilidad; y las tres especies son pasivas.

La *Demencia* se caracteriza por el menoscabo ó pérdida de las potencias ó facultades mentales, causada inmediatamente por la disminución ó privación de la energía de los órganos por medio de los cuales obran aquéllas.

La *Manía* se distingue por el delirio ó destemple, perturbación, desorden de todas ó casi todas las facultades mentales, con excitación, agitación ó exaltación y á veces furor.

En la *Lipemanía* ó *Melancolía* hay delirio sobre una sola idea ó un solo orden ó corto número de ideas, con predominio de una pasión triste ó depresiva, y á veces estupor.

La *Monomanía* es el delirio sobre una sola idea ó un solo orden ó corto número de ideas, con predominio de una pasión alegre, expansiva ó agitante.

La demencia es casi siempre pasiva; la lipemanía, frecuentemente; la manía y la monomanía, siempre activas. En demencia terminan á menudo las otras tres especies. Ninguna de las cuatro es congénita. El delirio de la demencia y de la manía es general; el de la lipemanía y de la monomanía, parcial.

Ésta dista mucho de ser una exposición didáctica de los grupos en que, por interpretación científica de los hechos, se han reunido los múltiples fenómenos ó signos propios de la alienación mental, ó sea de sus siete formas capitales, distintas é inequívocas. No la he puesto para enseñanza: que no escribo un tratado de Patología psicológica; sino á fin de que me entiendan todos, ya que por fuerza habré de usar repetidamente palabras técnicas.

La *monomanía* es casi la única especie que hace al objeto de este libro. Llámase también *locura ó manía parcial, circunscrita ó limitada*. No poco se ha discutido por los alienistas sobre la realidad y frecuencia de esta especie de locura, siguiendo unos literalmente á Esquirol, y negando otros que exista jamás en la forma redondeada y limpia que él describió; ó, á lo menos, defendiendo que es sumamente rara, ó que por maravilla ocurre en la práctica. No vendría bien aquí el aducir las razones con que ambos dictámenes se sustentan; fuera de que yo me atengo y ratifico en el que manifesté muchos años há, en una solemnidad académica *, y es, que *por monomanía se entiende ahora el delirio más ó menos parcial, más ó menos circunscrito á una idea ó serie corta de ideas análogas, con predominio de una pasión expansiva ó exaltante, y compatibilidad con el estado normal del entendimiento en lo que directa ó indirectamente no se refiere á aquéllas.*

Así, el monomaniaco, con respecto á lo ajeno de la idea ó ideas sobre las cuales gira su desvarío, siente, conoce, discurre, juzga, quiere y obra casi siempre en razón, ó como sentía, conocía, discurría, juzgaba, quería y obraba antes de enloquecer; y á veces puede cumplir y cumple con las obligaciones ordinarias de su calidad ó estado. Materializando la monomanía, puede

* *Apuntes de la Monomanía*; discurso inaugural leído en la sesión pública celebrada en 16 de enero de 1864 por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona.

decirse que su causa próxima ó carácter culminante y más expresivo es la lesión de una parte del sistema mental, coexistente con la incolumidad de las restantes. Por cierto los orates que ofrecen esta mezcla de locura y cordura son los menos, y aun contados; pero que los hay no lo negará sino quien, por no haber visto ninguno, se arroje á tenerlos todos por quiméricos.

Un análisis prolijo y rigurosamente clínico de todos ó los más de los delirios parciales, así diagnosticados conforme al uso, manifiesta que la idea morbosa influye por sinergia en las sanas; ó sea que la parte lisiada va poco á poco maleando las ilesas, en virtud de la mancomunidad de las facultades intelectuales, afectivas y sensitivas, dependiente de la unidad del sistema psíquico, de la unidad del yo, ó, para decirlo de una vez y sin ambages ni vacilaciones, de la unidad del alma, y de la unidad funcional del cerebro, en cuanto á órgano de aquélla. En la unidad y armonía del entendimiento, tomada esta palabra en su sentido más lato y comprensivo, ó sea en la unidad del hombre, del *microcosmos* ó mundo menor, se trasuntan la unidad y armonía del Universo; y bien dice Herder, con una comparación feliz, que es imposible separar en partes el alma al modo que destruyó Medea el cuerpo de su hermano. Por esto suele advertirse en las locuras calificadas de monomanías una perturbación más ó menos extensa ó general de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad, que, en rigor, constituye el fondo de las vesanias, á las que dan forma, siendo sus síntomas primordiales ó predominantes, la idea ó ideas sobre las cuales versa el delirio. Uno, distinto, especial, singular, prevalece, y, suscitados por él, van pareciendo otros, que acaban por abarcar la mente entera. Así, un delirio primario y otros secundarios vienen á dar ser y forma á la enfermedad. De donde la no siempre uniforme perversión de los afectos que en los monomania-

cos se observa, las extrañas mudanzas de la índole, las múltiples rarezas de las inclinaciones, las varias extravagancias de la conducta, y los desatinos infinitos y desemejantes. Por manera, que á menudo, para hacer el diagnóstico rigurosamente clínico de una monomanía, en vez de cercenarla, si vale decirlo así, reduciéndola á la alteración de una sola facultad mental, es indispensable enumerar todos sus síntomas, y con ellos poner de manifiesto, no la singularidad, frecuentemente ilusoria, sino la pluralidad, casi siempre efectiva, de delirios que arguyen.

Tal es, con variantes de poco momento, el concepto clínico de la monomanía que expuse en el susodicho acto literario. Con todo eso, ahora, como entonces, añadiendo que indudablemente en ciertos casos, mucho más raros de lo que piensan algunos médicos, subsiste de un modo indefinido la limitación original del delirio, constituyendo una monomanía pura ó exquisita, según se decía en el antiguo lenguaje escolástico, y que no deja de serlo desde su comienzo hasta su fin, ó no pierde jamás su carácter específico.

Algunos empleados del Hospital de la Santa Cruz conservan, como yo, la memoria del notable monomaniaco que residió largos años, hasta su fallecimiento, en dicho asilo, y que se atribuía la suprema dignidad de Rey de España y sus Indias: delirio al que barrunto dieron ocasión los ruidosos sucesos políticos del año 1823. Era hombre de entendimiento bastante despejado y de intrucción no escasa; recomendable por su honradez, simpático por su cortesanía y suavidad de carácter, y muy idóneo para el modesto empleo de Contaduría que desempeñaba con acierto, diligencia y pundonor ejemplares. A pesar de su humildísima condición y oscuro retiro, en el cual, por sus especiales circunstancias, venía á ser un loco suelto y un cuerdo recluso, arrogábase la preeminencia de la Majestad; por una parte, en constante expectación del trono que,

á su decir, prevaliéndose de la inquietud de los tiempos, le habían usurpado la intriga, la malevolencia y el odio; y, por otra, en pugna de palabra, que no de obra, con los que le negaban su excelsa calidad, ó querían insensatamente convencerle del error en que estaba. Escribir algún despacho, pragmática, ordenanza y cartas á príncipes y monarcas, que, no obstante, solía guardar en la cartera, fué el único acto á que tuvo que circunscribir el ejercicio de su para él indisputable realeza.

Residió muchos años, también hasta su fallecimiento, en el mismo Manicomio un exclaustro, de una religión muy austera, lector que fué de Teología en su convento, piadoso, dado con extremo á la contemplación, comunicativo y afable en sus intervalos lúcidos, que los tenía cabales y largos. En ellos discurría y hablaba cuerdamente, y asimismo en lo no relativo á su monomanía, aun durante los accesos. Imaginábase ser Dios, más no el Dios de la Justicia y de la Misericordia, sino otro de venganza y crueldad implacables. Para él todos éramos pecadores obstinados, impenitentes, indignos de perdón; y ya antes de tiempo nos lo negaba con protestas tremebundas y ademanes de ira; porque, á su entender, la protervia estaba encarnada en nosotros, y nunca llegaría la hora de nuestro arrepentimiento. Del cielo no nos hablaba jamás; con el inferno nos amenazaba siempre; la voz *condenados*, con referencia á cuantos le cuidábamos, no se le caía de la boca. En la conversación era preciso sortear como escollos ciertas palabras, que, por ir derechamente á las especies delirantes del recluso, exaltaban su enojo y encendían su cólera: no podían pronunciarse las frases usuales de *Dios guarde á V.*,— *si á Dios place*,— *gracias á Dios*, ú otras semejantes, sin que de súbito interrumpiese al interlocutor diciéndole con tono desapacible: *Yo me guardo*,— *si me place*,— *á mí las gracias!*; pero cuando, aunque enajenado, estaba algo



tranquilo, oíalas sonriendo, y tornando los ojos en blanco con una expresión de beatitud en el semblante, como si exclamase: *Pater, dimitte illi!* Rechazaba el culto, y tenía por impostores á sus ministros, porque todo lo que no fuese dársele á él era pura idolatría. Pasaba largo rato tarareando en voz baja cantares, con que parecía arrojarse. Por una singularidad, cuyo fundamento nunca pude averiguar, hacía femenino todo nombre propio; conque á mí me llamaba *Emilia*.

Sea limitada, como en estos dos casos, sea difusa, como en los más, la monomanía, siempre sobre el conjunto de sus síntomas descuella el fenómeno capital de la idea ó ideas delirantes, concretas y fijas que le dan carácter específico en lo nosológico é individual en lo clínico; y, por consecuencia, se echa de ver en el adoleciente una disposición de espíritu afirmativa, como con muy buen sentido la califica Griesinger, decidida, resuelta; jamás negativa, dudosa ni vacilante. Menos cierto es para él un axioma matemático que sus conceptos desvariados. A esta lesión primaria del entendimiento siguen otras secundarias del mismo, de la sensibilidad y de la voluntad, bien que circunscritas al particular delirio; las ideas tienen mayor lucidez, se suceden unas á otras, se asocian y combinan atropelladamente; las sensaciones son más vivas, algunas pervertidas ó falsas de todo punto; y el antojo, el desatino ó la temeridad de las determinaciones manifiesta claramente que obedecen á la aberración predominante y á la excitación general. Pero la lesión del intelecto dimana con tanta frecuencia de otra de la sensibilidad, que, como dice Esquirol, de ésta es enfermedad esencial la monomanía; en cuyo caso los conceptos delirantes descubren el amor propio mortificado, la vanidad escarnekida, la ambición burlada ú otra pasión, buena ó mala, no satisfecha ó imprudentemente alimentada. Con la pasión tiene mucha semejanza la monomanía, en el sentido de mostrarse tan exclusivo y tenaz el

delirio como las ideas de la persona vivamente apasionada. Ni es sólo la sensibilidad moral la que padece en esta locura, sino también la física, ó, para decirlo con más exactitud, la que se excita por agentes materiales con intervención de los sentidos externos y del interno, y aun sin esta intervención origina sensaciones iguales á las que con ella se producen. Quiero hablar de las ilusiones y alucinaciones; trastorno sensorio, de que trataré luego, muy frecuente en la monomanía, aunque no exclusivo de ésta, antes común á todas las especies de locura. Él es, además, muchas veces la causa próxima de la lesión del entendimiento del monomaniaco, y entonces esta última parece no consistir sino en el asenso indeliberado, ciego y pertinaz que da el paciente á los errores morbosos de sus sentidos.

Los fenómenos constitutivos de lo que bien puede llamarse *exterioridad* de la monomanía, son por demás notables y consonantes con la disposición sintomática interna de la dolencia. La certeza, que á menudo es para el discreto una grande incertidumbre, tiénela el monomaniaco clara y absoluta en orden á su tema, y como ésta avasalla y guía su sistema intelectual, de aquí que todas las convicciones del paciente sean firmes, y, á su pensar, rectos los racionios y acertados los propósitos. A discurrir y obrar bien nadie le aventaja; errores, los padecen otros, no él, que sigue el camino de la verdad; y, por lo mismo, sin dudas ni vacilaciones, lleva siempre la suya adelante. ¡Como que el delirio es su criterio único é infalible! Si tal vez la realidad se contrapone á sus quimeras en coyuntura favorable y con fuerza bastante para desvanecerlas ó combatir las, no por eso abre los ojos del entendimiento y entra en razón, sino que del mismo hecho, tergiversándolo ó dándole una interpretación arbitraria, caprichosa ó ridícula, saca una réplica en apoyo de tales desvaríos. Esto infunde en su ánimo la conciencia de una superioridad indisputable, y en su corazón el sentimiento de

un bienestar indecible en lo moral y hasta en lo físico. Acaso es sabio, rico, fuerte y dichoso: cuatro cualidades que, en este mundo de ignorancia, miseria, flaqueza y lágrimas, sólo puede reunir en una persona su cabeza enloquecida. Perturbada así la sensibilidad y desvanecida la inteligencia, vuélvese jactancioso, arrogante, quizás insolente y agresivo; y en letras ni ciencias, en artes ni en armas, ni en otra cualquiera disciplina ó ejercicio, si por aquí corre su delirio, encuentra cosa imposible ni persona que á él se iguale. Es una exageración del amor propio que sólo podría medirse con la medida de los conceptos patológicos, si la tuvieran. En punto á deseos, tendencias y pasiones, deslízase por la misma pendiente: lo que apetece es lo bueno; adonde se inclina, está lo justo; y como sincera sus odios, así encomia sus amistades; bien que más alimenta los unos que contrae las otras, por aquella invencible suspicacia que es la carcoma de casi todo estado vesánico. Tal vez ciertas sensaciones despiertan ó avivan en él apetitos que le inclinan al otro sexo; pero, aunque parezca enamorado, su pasión no suele serlo en realidad, sino delirio ó trastorno del intelecto, pues más que la siente, concíbela y fúndala en un mérito personal ilusorio, que, sin embargo, le basta y sobra para medirse con damas ó caballeros de prosapia ilustre ó, cuando menos, de calidad muy superior á la suya. Bellezas ideales, ó varones, cuya fama satisface la vanidad cuanto la hermosura cautiva los ojos, son los que le traen perdido, ó perdida; seres imaginarios quizá, personas conocidas, por lo común, muy ajenas, no obstante, del afecto que inspiran; que lo repugnarían ó se avergonzarían de él si lo entendieran; y que correrían á esconderse en una oscuridad perpetua, si llegasen á sospechar que un paso, un gesto, un ademán indiferente, indeliberado, fortuito ó propio de la situación en que tal vez se hallaron, pero en manera alguna dirigido al orate, pudo por éste ser interpretado en el

sentido de sus esperanzas ó deseos. Los cuales, con todo eso, van generalmente por senda distinta según el sexo, pues en el femenino obedecen más al apetito, como se dirá luego, y en el masculino al sentimiento de superioridad personal, perteneciendo, por lo mismo, á éste los verdaderos locos de amor: variedad muy rara de la monomanía en el concepto de entidad patológica simple, y poco menos en el de factor de un delirio, si uno en el fondo, múltiple en la forma. Por último, el comportamiento del monómano en el trato social, y aun su porte, descubren acaso el carácter de las ideas que le tienen perturbado: ora es malsufrido é iracundo, ora cortés y afable; ya taciturno y retraído, ya locuaz y comunicativo; y algunas veces hasta se atavía y pule de manera, que por su compostura puede conocerse su condición imaginaria.

Este bosquejo comprende, si no ando equivocado, toda la extensión sintomática de la monomanía como especie nosológica, en cuanto una vesania que se distingue por muchos, complejos y disímiles fenómenos, puede encerrarse dentro del pequeño círculo de una expresión nosográfica. Es, por consecuencia, una descripción general de la monomanía; no la historia clínica de un monomaniaco anónimo; que apenas hay enfermo de la mente ni del cuerpo de quien pudiera decirse qué dolencia padece, si la declaración de ella hubiese de fundarse en la simultaneidad de todos los síntomas con que la define la diagnosis didáctica. Examinando atentamente los referidos por menor, se echará de ver que algunos son esenciales y los restantes accidentales, y éstos tal vez contradictorios entre sí, presupuesto que no todos pueden acomodarse al concepto delirante primordial de un caso determinado; concepto al que, en realidad, no se asocian sino los que con él tienen, por decirlo así, unisonancia. Además, este bosquejo se asemeja en cierto modo á un *syndrome* de la escuela griega, entendido en su acepción más general: trasunto de

un hecho patológico complejo; enumeración de síntomas de un estado vesánico multiforme, que no cuadra exactamente con enfermedad mental alguna, bien deslindada y única; pero que, en virtud del principio de las semejanzas y analogías, fundamental de toda clasificación, se especifica por monomanía.

• Ésta se ha distinguido en *intelectual* y en *sensoria*, según deriva de un concepto delirante ó de una ilusión ó alucinación; en monomanía de *engrandecimiento*, de *ambición*, de *orgullo*; y por el mismo estilo se han inventado otras variedades, que no tendrán número, porque harto se comprende que todas las pasiones, afectos, deseos, apetitos, gustos, necesidades y cuanto mueve, agita ó exalta el entendimiento y corazón del hombre pueden originar *ideas fijas*, susceptibles de convertirse en delirios parciales; á los que se han dado los nombres peregrinos de *gamomanía*, *megalomanía*, *teomanía*, *cleptomanía*, *piromanía*, *nostomanía*, *fonomanía* y otros muchos, sin contar los que neologistas incorregibles van ó irán sacando del repositorio de las raíces griegas hasta vaciarlo, si vaciarse pudiere: todo, sin embargo, como dije en otra ocasión, embrollada logomaquia que da palabras por doctrina.

Descrito ya el carácter específico de la monomanía, hay que explicar algo sobre su carácter genérico, ó sobre los síntomas que, por ser propios de la locura en su sentido más amplio, concurren á distinguir aquella vesania, y completan su expresión nosológica.

De común y tácito consenso de los alienistas se discernen y denominan los síntomas de la locura por su apariencia, mas no por su naturaleza íntima, que se ignora; ó mejor, por la facultad cuya lesión inmediata ó mediata declaran. Digo mediata, porque lo es, en mi sentir, la de toda facultad, excepto el entendimiento; y éste es la única que, ó padece por sí, ó cuyo padecimiento resulta de los padecimientos de las demás; los cuales, sin embargo, sólo por medio de aquél pueden

manifestarse. De modo que, aun en este último caso, es inmediata la lesión del entendimiento que el síntoma de otra cualquiera facultad arguye.

Siguiendo el uso corriente, he decir que los *fenómenos ó síntomas psíquicos elementales* de la locura se refieren á la *sensibilidad*, al *entendimiento* y á la *voluntad*.— Lo son de la sensibilidad externa la *ilusión* y la *alucinación*; y de la afectiva, las *anomalías de los apetitos y de los sentimientos*;— del entendimiento, la *idea* ó el *concepto delirante*, la *exaltación* de dicha facultad y su *depresión*, en la que se incluye la *amnesia*, la *dissociación* ó *incoherencia de ideas* y la *amencia*;— y de la voluntad, la *hiperbulia*, la *abulia* y el *impulso insólito*.

La ilusión, la alucinación, los apetitos ó sentimientos anómalos, el concepto delirante, la amnesia, la hiperbulia, la abulia y el impulso insólito se denominan *síntomas parciales*; y la exaltación, la depresión, la incoherencia y la amencia, *generales*.

Conviene añadir que la incoherencia y la amencia constituyen de por sí especies de la locura, por ser los síntomas culminantes de ellas.

Aunque sea cosa muy sabida, no se puede dejar de repetir que en la sensación hay: 1.º un excitante material ó *cuerpo* que, inmediatamente por sí, ó mediatamente por una cualidad especial suya, afecta el órgano de alguno de los sentidos; 2.º tres actos orgánicos: *impresión* que este órgano recibe; *transmisión* de ella por el nervio propio, que va del órgano al encéfalo; y *percepción* de la misma por la parte del encéfalo en la que termina y con la que se confunde el nervio; y 3.º *afección* de la facultad nombrada sensorio, *afección íntima*, que es la *sensación* propiamente dicha.

Sensación externa se llama la que se efectúa por medio de alguno de los sentidos externos; *interna*, la que procede de una impresión causada á algún órgano interno ó á alguno de los nervios que van de él al encé-

falo, por la alteración íntima del órgano ó del nervio, ó por la acción de un cuerpo que lo afecta. La sensación interna asimila la del tacto.

Ahora bien, la *ilusión* es una sensación transformada; y la *alucinación*, una sensación falsa. En la primera la sensación es diferente de la que corresponde á la impresión; en la segunda parece haber percepción sin impresión, mas lo que hay en realidad es aprehensión falsa.— El *ilusionario* ve un palo, oye la voz de una persona desconocida acaso, gusta almíbar, huele una rosa ó toca el frío mármol, y, por la perversión de alguna de estas percepciones, se imagina ver una espada, oír á su madre, gustar ajenos, oler ruda ó tocar fuego. Hay actualmente en mi Manicomio una mujer para quien son hombres todas las demás reclusas; — otra que constantemente me ha tomado por su padre; — así como una, que residió en él muchos años adoleciendo de demencia incoherente, y falleció hace ya algunos, me tuvo siempre, obedeció y respetó por tío suyo.— El *alucinacionario* ve una calavera, oye una blasfemia, gusta un ácido, huele emanaciones pútridas ó siente pinchazos en el cuerpo, cuando ninguno de estos agentes puede causarle impresión, porque no afecta su sentido respectivo; ó, más claro, porque para la sensación del momento no existe, pues no hay tal cabeza de esqueleto, ni pecado de palabra, ni agrio, ni podredumbre, ni pinchadura. Páginas y páginas podría llenar con relatos sucintos de alucinacionarios que he visto y veo diariamente en mi práctica: algunos pondré en los lugares de este libro donde conviniere para la dilucidación de puntos interesantes; mas ahora sólo citaré — á una maniaca, visitada por mí en junta con dos comprofesores, no há mucho tiempo; la cual, estando un día en misa, vió aparecérselle la Virgen, sentarse á su lado, y no recuerdo si oyó que le hablaba, — y á un maniaco, que lleva treinta y cuatro años de residencia en el Manicomio, y está muy irritado con los señores

Catedráticos de la Facultad de Medicina, porque ni entre día ni entre noche cesan de molestarle dirigiéndole á los oídos corrientes y descargas eléctricas.— Para explicarlo en términos vulgares, ilusión es tomar una cosa presente por otra ausente, y alucinación percibir una cosa que ni aun está presente: mejor se diría imaginarlas. En el lenguaje común se llaman *visiones*, y los adolecentes *visionarios*. Ambas son fenómenos subjetivos, independientes de toda objetividad. No hay que esforzarse, con respecto á la alucinación; y aun la objetividad de la ilusión es un estímulo, un móvil, una causa ocasional, mas de ninguna manera una calidad intrínseca de esta especie de trastorno sensorio.

También á veces la ilusión y la alucinación son internas.— Un sujeto, que estuvo largo tiempo en mi Manicomio padeciendo de parálisis general, aseguraba tener un cántaro en la cavidad del abdomen;—una maniaca, que todavía reside en dicho asilo, se queja del malestar que le causa una serpiente encerrada dentro de su cráneo;—otra reclusa, cuya dolencia es una manía hipocondriaca, tiene tantas, tan raras y transitorias alucinaciones de este género, que no sería posible referirlas todas ni ponderarlas: rayos de luz roja en la cabeza, una cara negra en el pecho, humores asquerosos en las entrañas, cristales como espejos en las extremidades, platos atravesados en los huesos, y toda suerte de objetos peregrinos y extravagantes, puestos caprichosamente desde la punta de los cabellos hasta las uñas de los pies.

Por lo dicho se colige que las ilusiones y alucinaciones no son propiamente fenómenos de la sensibilidad ó sensaciones, aunque falsas, sino impresiones de los sentidos reproducidas por la memoria y combinadas por la imaginación, con entera independencia del ejercicio actual de aquéllos: impresiones iguales á las que ocurren en el sueño. Representásenos tal vez en éste una cabeza de mujer hermosa, con cerviz de caballo, miem-